

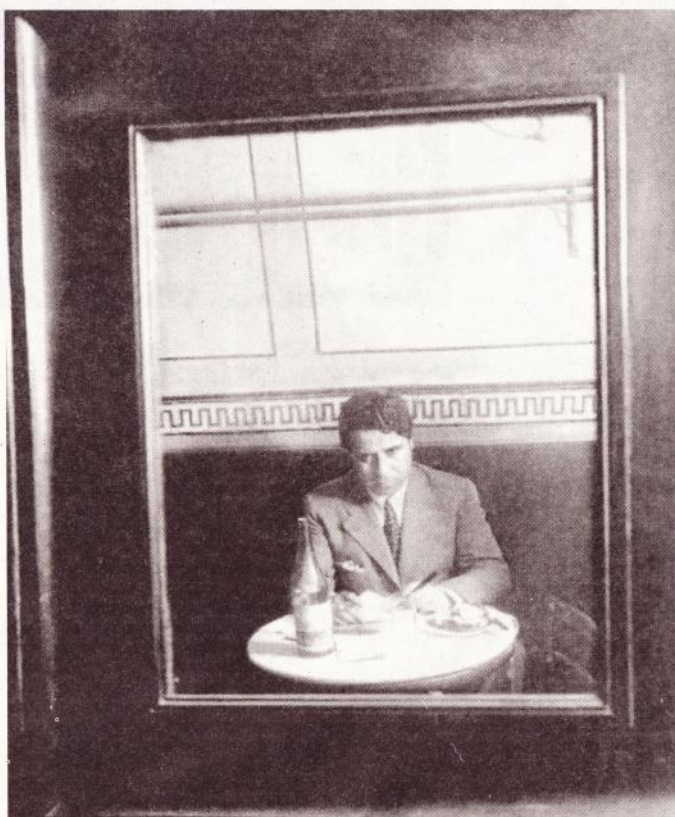
# El hipódromo de los recuerdos

## Ramón y Portugal



**S**i Miguel de Unamuno supo como nadie sentir la esencia trágica del pueblo portugués, especialmente estimulado por el pesimismo de Antero de Quental y las cartas del poeta Manuel Laranjeira, Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), uno de nuestros escritores más impares y genuinos, supo ver nuestro país vecino desde ese otro lado de lo trágico, su complemento, que es el absurdo, el surrealismo, la ingenuidad cómica del husmeador de símbolos, hombres y ciudades.

Ramón vivió en Estoril en la década de 1920 después de construir una casa (hoy desaparecida) que llamó 'El Ventanal', y que pudo construir gracias a la herencia recibida de su padre y a un segundo premio de la lotería española. Pretendía ser aquél un lugar de retiro «en aquél recodo y regato del mundo, próximo a España y lejano de ella, en un clima más sin muerte que el de España». Desde aquél gran ventanal que presidía su casa, en una mesa de ocho metros, donde siempre tenía ocho cuadernos distintos, allí, desde la mesa, y con un catalejo y una esfera armilar, «veía llegar los personajes de sus novelas»: «veo llegar por el Océano, en los grandes y constantes transatlánticos que hacen escala en Lisboa, los personajes de futuras obras, esos desconocidos que con un solo atisbo hacen más por la novela que contando las historias que vivieron y no supieron vivir». Allí disfrutaba dos años del sosiego necesario para su escritura. Va de Estoril a Lisboa, como el que busca el misterio para después recogerse a escribirlo en soledad. «Era bonita aquella vuelta de Lisboa en la noche. Acababa de ver el cierre de las joyerías y contemplaba el campo y el mar olvidados de todo. Me iba volviendo cangrejo según volvía a Es-



Ramón Gómez de la Serna, en el café Pombo de Madrid, hacia 1930. :: EL NORTE

toril». Al final, tras dos años, tuvo que malvender su casahotel que siempre había sido del prestamista y lo que era peor, su biblioteca, cuya venta fue anunciada en el periódico por el librero que la compró. En esa casa escribió algunas de sus novelas como 'Cinelandia', 'El novelista' o 'La quinta de Palmyra', siempre con trasfondo portugués.

Ramón, en 'El Novelista' define con precisión Lisboa, como «la ciudad novelística» o «la ciudad con los personajes de novela», pues el protagonista Andrés Castilla había ido, tal como Ramón, a Lisboa a escribir: «La base de la novela iba en su imaginación. El resto lo encontraba allí». Ramón ya había visitado largamente Lisboa durante 1915

desde donde escribe una serie de 'Cartas desde Portugal' a sus compañeros de la tertulia de Pombo. Cartas en las que se mezcla, como siempre en Ramón, la seriedad y el humor del estilo greguesco, alcanzando descripciones precisas y bellas de la ciudad y el espíritu portugués. El Novelista, Ramón, que mezcló todos los géneros en uno e hizo de la novela, la poesía, el teatro, el discurso, el aforismo, el humorismo y la tragedia, un solo género, se pasea por Lisboa y la describe con trazos precisos, grotescos, pero siempre certeros. Sube y baja cuevas y visita barrios descubriendo «aquellos tipos de vida acabada que había en ella, los muchos viejos completamente aislados y con bigotes de es-

pecies desaparecidas y aquellas viejas de larga vida vendida. Los mejores ingredientes de novela». Ramón y su novelista husmean toda la ciudad y afirman que «la pesadilla de Lisboa eran sus numerosos bacalao como ropa tendida; todos con sus hermosos números del precio como si fuesen sus iniciales». Ramón describe a esos hombres con bigotes y aires ingleses que soporan la lluvia bajo sombreros minúsculos, las sábanas infinitas que adornan Alfama como banderas mezcladas con bacalao que «le parecían corsés interiores para sostener por dentro los estómagos flojos». Bacalao, que, según Ramón, los ancianos tocaban con el bastón como si enseñasen una lección de geografía.

En 'La Quinta de Palmyra', leemos «en Portugal, todas sois hiperestésicas». Y esa afirmación es certera si la pensamos para todo el pueblo portugués. Exceso de sensibilidad que también compartía Ramón y que lo unió sin duda a varios de sus escritores, pero especialmente al genial pintor y escritor portugués Almada de Negreiros.

En sus primeros viajes en 1915 Ramón descubre un país aún hundido en el siglo XIX, con todo el encanto del romanticismo, el mismo en el que había vivido su tía la poetisa romántica Carolina Coronado, que también había vivido en Lisboa, en un palacete, en el que, al parecer, dialogaba largamente con las tórtolas. En esa Lisboa de 1915 Ramón «encuentra el sol y el aire de últimos de siglo, un lado del mundo rezagado y cordial, lejos de todo, lejos de Europa y lejos de América, un escondite de gaviotas». Atraído por «el ambiente tierno» y por un pueblo «ilusionado aún por sueños antiguos». «Portugal, —dice Ramón—, estaba soñando quieto, lleno de 'galegos' descalzos que por menos de cinco céntimos estaban prontos a llevar un mensaje de amor o de regalo muy lejos».

La luz y las ventanas son esenciales en la comprensión portuguesa de Ramón, en su dibujo genuino. Ventanas callejeras siempre abiertas que se abren a infinitos mundos sin el deseo de intimidad, pero sí con un misterio primitivo: «Portugal es una ventana hacia un sitio con más luz, hacia un más allá más platórico, es una larga galería de cristales que afronta una luz más cálida y un aire más yodado. Parte de la luz que nos viene y de que vivimos nos viene por ahí. No lo olvidemos. Nuestra luz central, ese resumen de luces distintas en que fraguamos nuestras cosas está influida por esa luz portuguesa.» «Hoy está llena la ciudad del alma del mar» escribió Ramón con la sencillez juguetona pero penetrante de su narrativa.

Ramón describe los ceramistas, los limpiabotas, los ancianos, los negritos, los paseos en tranvía de los rubios marineros «con sus trajes de niños», las piernas blancas de las vendedoras callejeras de pescado, los cafés literarios de Lisboa, donde encuentra a los escritores más importantes de la época, la «feira de la dra» que le recuerda su tan querido rastro, donde busca infatigablemente figuras chinas y africanas y toda la entretela pintoresca y auténtica del pueblo portugués, como pocos lo hicieron. Ramón, entre su obra inacabable, ha escrito algunas de las mejores palabras españolas dedicadas a Portugal y eso, que esas palabras siguen vigentes y vi-

**En sus primeros viajes, en 1915, Ramón descubre un país aún hundido en el siglo XIX**

**Ventanas callejeras siempre abiertas que se abren a infinitos mundos sin el deseo de intimidad**

vas, lo saben mejor que nadie los españoles que han venido aquí a sentirse lejos de Europa, lejos de España, en el rincón atlántico donde hay aún algo de ingenuidad, de primitivismo, de luz que limpia, de alma de mar, de Atlántida recuperada e «incrustada al costado de la península ibérica». Ramón creía en Portugal como en una antípoda cercana: «Como a mí no me ha interesado nunca conseguir la unión de España y Portugal porque sé que a los portugueses les molesta profundamente hasta el planteamiento de ese programa, me he decidido a sorber el costismo portugués y a creerme en una especie de Australia próxima.»

Se ha intentado definir en numerosas ocasiones la greguería, el género literario que más cultivó Ramón y que es específicamente suyo como una especie de aforismo donde la velocidad de la imaginación y el aroma del humor se reflejan. Algo así como las «voces» del italo-argentino Antonio Porchia pero con el envés cómico de lo trágico y todo eso siendo verdad no es toda la verdad pues la greguería es ante todo una suerte de definición inusitada. Una captura de lo pasajero. Ramón intenta definir Portugal en múltiples ocasiones y lo consigue con peculiaridad y fuerza en dos ocasiones: «Portugal es un país de muchas mariposas» y en esa otra descripción del estuario del Tajo, que bien podría ser de toda la ciudad y de todo el país: «Todo era emocionante en el momento. El puerto antiguo, medio inmenso río, medio laguna, medio mar, era el hipódromo de los recuerdos y las aspiraciones.» Una añoranza del pasado y del futuro, una invención en la soledad, como la greguería: «En Portugal pensamos con otro aliento, como escapados a la historia, como si las noticias del mundo se recibiesen por encima de una tapia de cementerio sin interesar lo bastante, como si viniesen de la otra vida.» Portugal es el lugar donde Ramón descubrió que la vida es una invención, una isla y una carrera de recuerdos.